

EL DESTINO ESCRIBE RECTO

por

JOSE MARIA MUÑOZ CALLEJERO

(Este cuento, centrado argumentalmente en la década del 70, intenta reflejar algunas de las duras situaciones que todavía subsisten en el agro aragonés).

¡Gracias a Dios que ya declinaba la tarde!... Bien pronto, el regreso de las primeras yuntas, cargadas de aperos, haría resonar el clivoso empedrado de las calles. ¡Jesús, qué día aquél más largo! Se había levantado con la aurora, cuando los gatos, ahitos de luna y tejados, buscaban su casero refugio y los gallos se aclaraban la voz con el relente del alba. Había preparado el almuerzo y la merienda de su Eloy, metiéndole en la alforja, junto con la fiambarrera, la media hogaza diaria y el botijo del agua. Después que su marido se alejó a lomos de la vieja mula por el camino de los viñedos, había limpiado la corte y el gallinero, trayendo del corral, recogidos en el mandil, los huevos de la última puesta. Hasta las ocho largas no quiso despertar a los chicos, y al filo de las nueve, bien relimpios y mejor peinados, habíalos mandado a la escuela, viéndolos alejarse con una mirada de orgullo. Sí; por ellos sólo ya merecía ser bendecida la existencia. Aunque ahora más: ahora merecía ser bendecida locamente.

Podrían ser iguales todas las horas de un día, pero éstas de hoy le estaban resultando interminables. Claro está que aquella nerviosa impaciencia que la tenía en ascuas formaba parte de su manera de ser y no podía remediarlo, como no podía remediar el preguntarse de nuevo, llevaba muchas horas preguntándose, si no sería un falso ensueño, una entelequía, la inesperada ventura que tan de relance había entrado por la casa. ¡Qué alegre sorpresa iba a llevarse su aperreado y sufrido Eloy! ¡Y qué ganas tenía de mirarle la cara mientras le contaba el caso! De viejo era el constante devanar entre ambos la triste madeja de sus estrecheces domésticas:

— Te digo que no echaremos luz siguiendo de renteros. Si no fuera por nuestros corros de monte, con la huerta sólo no alcanzaríamos ni a vestirnos. Y no es porque todo se lo lleve su renta, que bien poca se paga: Es que, como la tierra no es tuya, no te tira esmerarte en cuidarla. Ni poner árboles ni arreglar cornijales. Cuando se caen un peral o una horma, así se quedan.

— Si un día la compráramos...
— Ni lo sueñes... porque pedirían la luna.
— Tú dices que no es negocio para sus amos... que le sacan poca renta.

— ¿Y qué? A la mayoría no les hace falta vender. Otros viven, despreocupados, a muchas leguas.

— Sí, pero algún día...

— Cuando estemos carcomidos de viejos. Ahora, forcateándola bien, le sacaríamos su provecho. Podríamos plantar en ella hasta un ciento de frutales, que está visto que el suelo, las legumbres, entre semillas y abonos, sulfatos y peonadas, te salen cebada con piedras. En cambio, con unas docenas de buenos árboles puedes sentarte a esperar tranquilo que, a nada, si la fruta llega a provecho, te suelten por ella tus largos miles de duros... Mira lo que te digo: La gente sale de los pueblos, de los pueblos pelados, porque siempre estás pendiente del garapatillo y las nieblas y de que llueva y no granice. El Estado, o quien sea, debiera regalar árboles frutales a los campesinos pobres, para que los campesinos pobres los planten y no se escapen de sus tierras...

No, aquello no era quejarse. Era reconocer una cruda verdad de la que huían mediantinos y peones, gentes ilusionadas, quizá con menos arrestos que su Eloy, pero libres de ataduras familiares que les trabaren los sueños. Porque todos tenemos sueños, aunque sean tan pequeños y lejanos como la luz de una estrella. ¿Cuántos años llevaba su marido soñando con ser dueño y señor del par de bancales de huerta —tres o cuatro hanegadas— que acofraba en arriendo? Y precisamente la noche anterior había regresado al hogar con una noticia inquietante:

— ¿Sabes? Acabo de enterarme de que “nuestro” hortal va a ser puesto en venta.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Uno de la Hermandad. Claro que, antes de venderlo, nos avisarán que nosotros estamos los primeros.

— ¿Sabes lo que piden?

— Veinte mil duros de pasa... y en la mano. Me parece que nos quedaremos sin huerta y sin tractor.

— ¿Qué tractor?

— Uno de los tractores pequeños que ha salido ahora, la “mula mecánica” lo llaman, que me estaba rondando por la cabeza. Lo necesitamos como el comer para artigar el monte y los plantados, que una yunta te cuesta cien duros por obrada. A sangre no se pueden cultivar más que cebollas y tomates.

— ¿Y si buscamos esos duros de la huerta?

— Los buscaremos, claro... aunque no se adónde. Pero ya veras como hasta en eso tenemos la mala suerte de siempre y la ocasión de la compra se nos escapa. ¡Lo malo será si la tierra cae en uñas de alguno que al otro año nos despacha!

¡Virgen santa!... Aquello sería la ruina del hogar y el total hundimiento de los menguados ánimos que le quedaban a su Eloy, tan agobiado de bartuleos y fatigas, de alternar el cultivo de sus propias tierras con echarle una mano a las del vecino en busca de un mal jornal que añadir a los radidos ingresos familiares... Pero, no; gracias a Dios no habría que buscar todo aquel dinero de la compra, que ella, ellos, ya tenían un buen pico, seguro que sí. Se propuso saberlo en cuanto terminara de limpiar el polvo a los muebles.

Uno, dos, tres... Estuvo contando de memoria. Hacía siete años... no, ocho, porque la chica —Vicenta, como ella, diez años como diez soles— sólo tenía entonces dos; y el chico —Eloy, como su padre y como su abuelo, siete años escasos y unos ojos para robárselos— aún no era nacido. Sí, ocho. A su marido le entró un repetido dolor de estómago y fueron a un médico de la ciudad. El doctor lo miró por los cuatro costados, con electricidad y todo, y luego los llevó al despacho para darles la novedad. Recordaba casi enteramente sus palabras, porque se había dirigido a ella, y el buen señor hablaba con una sencillez que daba gusto oírlo:

—A usted, señora, se lo encargo, porque los hombres suelen ser más descuidados. Su esposo tiene una lesión en... bueno; en la boca del estómago: algo así como cuando uno se da un golpe y la carne queda amoratada. Ahora carece de importancia, pero pudiera tenerla después, y mucha, si en esa lesión se abriera un agujerito. Entonces, ¿comprende usted?, no habría otro remedio que echarle un zurcido interior. Así que, de momento, nada de comidas con grasa y picantes y nada tampoco de tabaco y de alcohol. Si siguen mis consejos no habrán tirado el dinero de la consulta. También las medicinas de esta receta le ayudarán mucho...

Le hizo seguir el régimen a rajatabla. ¡Pobre y sufrido Eloy! Al principio, entre la desacostumbrada flojedad de los condumios y el reconcomio interior de no poder echarse un mal trago o un peor cigarro, volvía de los campos con la irritación de un avispero estorbado; pero, a poco, según le menguaban los cimbrones, fue recuperando su habitual y resignada conformidad, y hasta ganó algo de carnes, que se había quedado más seco que un ladrillo. De entonces nació el echarse ella a solas sus previsores soliloquios hogareños: cinco pesetas el paquetón diario de tabaco y otras cinco el vino y las tempraneras copas de cazalla eran un gasto excusado del presupuesto familiar que, al mes, sumaba sus buenos sesenta duros... duros que si no se aplicaba con tiento a conservarlos desaparecerían como el humo. Se prometió firmemente que, tronase por donde tronase, aquellos dineros, salvo alguna calamidad —y Dios no la permitiera— serían guardados para el día de mañana. Y con las trescientas pesetas replegadas el primer mes se plantó en la pequeña Agencia que la Caja de Ahorros tenía establecida en el pueblo.

— Vengo a que me abran una Libreta.

— Sí, señora. ¿A qué nombre?

— Habrá de ser al mío y al de mi marido.

— Muy bien. ¿Saben ustedes firmar?

— No mucho... pero sí.

— Usted firme ahora, y luego que venga su esposo.

— Es que... los dineros que meta aquí quiero que sean de los dos y para los dos... pero sin enterar de momento a mi marido.

— Creo que podremos arreglarlo. Tome esta cartulina y encárguese de que la firme su esposo; aquí, donde pongo la cruz. Traígame también su Tarjeta de identidad...

No faltó ni una sola vez a la cita que se había impuesto con la ventanilla de la Caja. Semana más, semana menos, cada mes fue ingresando en la bien guardada Libreta, a veces en pequeñas monadas, los sesenta duros de ritual. Y eso que hubo mensualidades —¡oh, los crudos meses de invierno, cuando la tierra dormía y los brazos de su Eloy no alcanzaban ni una triste peonada de cortar madera o limpiar brazares!— en que pasó verdaderos apuros. Pero había hecho del caso una obstinada cuestión de amor propio, y unas veces vendiendo algún tabaque de huevos y otras escamoteándole un par de pollos al gallinero conseguía salir del pecuniario atasco. Un mes en que pasó sus más y sus menos vendió un colchón de lana vieja que no le servía para nada. Y, otro, aquello si que fue pura chamba, las coletas de su Vicentica. Tenía pensado, para cuando el tiempo levantara, cortarle el pelo "a lo chico", que así lo llevaban casi todas las mocetas del pueblo, y aún muchas que se pasaban lo suyo de mocetas, y en ésto se presentaron en el lugar unos marchanteros que compraban cacharros viejos y toda clase de pelo, y les sacó sus largas dócnas de duros por unas trenzas, hermosas, sí, que a buen seguro hubieran ido a dar en la lumbre.

¡Quién, Señor, iba a decírselo!... Cuando terminó de limpiar la casa — el badajo parroquial andaba entonces por el camino de las diez— había buscado en el fondo del baúl la bien escondida Libreta y alcanzado en un tris el portal de la Caja de Ahorros.

— Hoy no vengo a traer. Sólo quiero enterarme de lo que, en junto, tengo ya metido.

El encargado de la oficina, parece que aún lo estaba viendo, deshizo el lazo de trencilla con que, dentro de una servilleta, estaba atada la Libreta, abrió los pliegos interiores y se quedó mirando atentamente varias hojitas sueltas que había en el centro. Una de ellas, sobre todo, pareció fascinarle. Fue hasta los armarios y consultó distintos papeles. Cuando regresó a la ventanilla, los ojos le brillaban como si hubiera cogido las maltas.

— ¿Así que quiere usted saber cuánto le debemos?

— Eso mismo.

— Pues exactamente treinta y dos mil cuatrocientas dieciseis pesetas... y sesenta mil duros.

— ¿Sesenta mil... qué?

— Trescientas mil pesetas. Justamente las que acaban de corresponder de premio a uno de estos papelitos.

— ¡Déje... déjeme que respire!... Espero que no será broma...

— De ninguna manera. Periódicamente nuestra Entidad, sortea abundantes premios, digamos obsequios, entre todos sus imponentes. Esos billetitos numerados que guardaba su Libreta se los puse dentro yo mismo a raíz de sus últimos ingresos... y precisamente uno de ellos acaba de salir agraciado.

— ¡Jesús, María!... ¡Anda, que si lo llevo a perder!

— Difícil hubiera sido llevándolo tan... empaquetado.

— Bueno, y... esos... esos sesenta mil duros, ¿son para que yo pueda disponer de ellos!

— Justamente.

— ¿Hoy mismo?

— No es lo usual en estos casos; pero, en compensación a la constancia que usted tiene demostrada, creo poder arriesgarme a no demorar su entrega.

— ¿Sí?... Entonces, nada, ¡Deme ahora esos sesenta mil! Los otros dineros que sigan como están.

— Bien, señora... Tenga la bondad de estampar aquí su firma... Y permítame que la felicite sinceramente.

— Muchas gracias.

— Me enorgullece haber sido el vehículo por medio del cual la Providencia ha proporcionado esta gran ayuda a una familia humilde que indudablemente la necesita.

— ¡No lo sabe usted bien! Y más, como quien dice, sin comerlo ni beberlo.

— Sí, comprendo que le sorprenda este... regalo. Pero tiene una explicación auténticamente social y altruista, una explicación sobre la que se asienta el lema de nuestra Entidad. Naturalmente, ganamos dinero, pero no lo queremos todo para nosotros y buena parte de él lo repartimos entre nuestros beneficiarios. Cuanto más nos dan a ganar más les devolvemos. Prácticamente buscamos ser el más humilde ejemplo de la verdadera generosidad cristiana...

Bueno, aquél hombrecillo de la oficina hablaba como un viejo maestro de escuela con pujos de bazagán releído; como alguno de los señorones con coche y sombrero que a veces venían al pueblo, prometían el oro y el moro y luego si te he visto no me acuerdo. Palabras, monsergas. Pero ciertamente había algo más que palabras en aquel envoltorio que, de regreso al hogar, llevaba en un bolsillo del delantal, tan sujeto por ambas manos como si temiera perderlo o que alguien intentase arrebatarárselo. ¡Jesús, cómo le subía hasta los labios el alegre deseo de gritarles la buena nueva a todas las vecinas que con más o menos disimuladas ganas de palique la saludaban al paso! Pero, no. Le había pedido al de la ventanilla:

—Hasta la noche, por favor, no den a ningún vecino saluciones del caso. Quiero que, fuera de aquí, sea mi marido el primero en saberlo.

A mediodía, cuando la señora Juana, su vecina, pasó a pedirle unos dientes de ajo, tuvo que volver a morderse la lengua para no soltarle la venturada noticia, y más tarde hubo de soportar con refrenado y casi doloroso silencio la visita de su cuñada Miguela, que se le coló en la cocina a desmotar una espuerta de panochas y darles un repaso a todos los chismes del pueblo.

Ahora ya, gracias a Dios, el lento día declinaba y bien pronto regresaría su Eloy... La cena andaba un poco a la bartola, porque desde su visita al numulario no había ido a la tienda, ni siquiera pisado la calle, temerosa de que pudiera escapársele la novedad o se la conocieran en la cara. Tiempo le quedaba para comprar. Porque tenía muchas cosas que comprar: unos pantalones y una camisa para su marido, mudas y calcero para los chicos, lo suyo de ropa blanca y vajilla, y nuevas cortinas y nuevas estromas, que las viejas andaban ya las pobres de capa caída... Y una hermosa vela, la vela más cara que hubiera en la botiga, para llevársela al santo Patrono del pueblo. ¡Glorioso Patrón! ¡Quién sabe si no estaba metido lo suyo en aquel negocio del premio! Recordaba los suplicantes monólogos que más de una vez le había dedicado afligidamente en la intimidad de la capilla parroquial:

—¡Ay, San Roque bendido!... Tienes que ayudarnos un poco. Para mí nada pido, porque ya me has dado bastante con la felicidad de los hijos y la salud del hogar. Pero a mi Eloy, al bueno de mi Eloy, tienes que ayudarlo... que se consume de tribulaciones y sudores por ganarnos el pan. Pobres nacimos y más pobres moriremos si tú no lo remedias. Sí, ya sé, lo dijo una vez el señor cura, que el destino de las personas está escrito en un Gran Libro que hay allá Arriba. Pero Allá Arriba tú tienes mucha mano y puedes cambiar un poco lo que haya escrito en ese Libro... No, no te pido que hagas una trampa gorda: sólo un pequeño cambio así de chiquitín...

Casi anochecía ya —los chicos, después de llegar de la escuela habían agarrado la merienda y vuelto a marcharse— cuando sintió resonar los cascos de la vieja mula sobre el suelo empedrado. Dejó que su marido le quitara los aparejos y la metiese en el establo. Solía aguardarlo en el interior de la baja e iluminada cocina, trajinando por ella, pero puestos los ojos en la entrada que daba al zaguán para captar a la primera ojeada, en cuanto el hombre asomaba, qué caletre había impreso en su rostro la faena del día. Pero hoy no pudo esperar a que terminara de labarse en el cubo del patio y le salió al encuentro:

— Ven y verás.

Lo guió hasta la alcoba, contándole atropelladamente el doble asunto de la Libre y el premio, y sacando del baúl ropero los bien envueltos billetes, los extendió, gozosa de la aturdida alegría del hombre, sobre la colcha de la cama:

— Siempre has andado quejándote de la suerte. Ahora, ¿qué dices ahora?

— ¿Que qué digo? ¡Que es la primera vez que nos llega tan de cara!... ¡Cómo que lo estoy viendo y no lo creo!

— Pues créetelo. Aquí tienes la huerta y el tractor.

— De sobras... Pero voy a preguntarte una cosa.

— ¿Que por qué no te dí saluciones de...?

— ¿Piensas que yo no me barruntaba algo? Pero de eso nada hay que mentar; siempre te he dejado que manejaras la casa a tus anchas. Es el cómo se te ocurrió lo del ahorro.

— “La suerte no es para quien la merece sino para quien la logra”, dice el dicho. Pero a la suerte también hay que ayudarla, abrirlle camino...

— Entonces, el camino se lo abriste tú con esta Libreta.

— O tú con aquel dolor de tripas.

— Sí, riete, riete... Pero a lo mejor no hemos sido ninguno de los dos; y si la suerte ha venido hasta nosotros es porque... no se cómo decírtelo... porque de alguna manera ha marrado sus tiros...

* * *

Pocas fechas después, en su despacho de la gran ciudad, un alto personaje del Ahorro y las Finanzas contemplaba fija y pensativamente el boleto rectangular remitido a las oficinas centrales de aquella Caja de Ahorros por una de sus Agencias provincianas, y merced al cual su desconocido poseedor había conseguido un premio de trescientas mil pesetas.

Y le sobraban razones para sentirse pensativo, puesto que, ante sus ojos, guiñándole con el esguince silencioso de un bonito 2.642, tenía la prueba inquietante de los enigmáticos senderos que el Destino suele a veces elegir para alcanzar sus designios. Porque nadie sabía nunca que, cuando se celebró el sorteo de aquél premio, que él personalmente efectuó, igual que los restantes, por medio de unas bolitas numeradas metidas en el fondo de una bolsa de cuero, al ir a sacar la última de ellas, y cuando ya sus dedos habíanla apresado, un repentino y seco escalofrío que nunca hubo sentido hasta entonces le hizo soltar la invisible canica, y hubo de asir otra, indudablemente distinta, para sacarla a la luz y completar la cifra que sus compañeros de sorteo, incluido el notario, estaban registrando con fiscalizadora atención.

No, nadie lo sabía nunca, y mucho menos el desconocido y remoto beneficiado. Su lógica de hombre de negocios sólo aceptaba realidades, pero lo cierto, lo abrumadoramente cierto era que no podía apartar de sí la turbadora sensación de que los Dedos del Destino habían agarrado los suyos para obligarle caprichosamente a soltar aquella bola. Por eso,

José María Muñoz Callejero

se prometió con firmeza —y esa promesa se está cumpliendo desde hace bastantes años— que, en adelante, todos los sorteos de la Casa se efectuarían mecánicamente. El Destino escribe siempre recto y claro... pero si alguna vez también quería jugar, ¡hala!, ¡que jugase con las máquinas!...